
RETORNO AL SUR, DESCONCENTRACION METROPOLITANA Y NUEVOS FLUJOS MIGRATORIOS EN ESPAÑA

Juan Romero González y Juan M. Albertos Puebla
Universitat de València

1. EL MARCO HISTORICO

Presentar una síntesis sobre migraciones internas en España durante la década de los ochenta sería difícil, y probablemente incompleta, sin hacer una referencia previa, siquiera breve, a los intensos movimientos migratorios ocurridos en las dos décadas anteriores. Por una parte, para poder así valorar en su adecuado contexto el verdadero alcance cuantitativo y cualitativo del fenómeno en esta pasada década y, por otra, para entender mejor nuevas tendencias como la de los retornos de antiguos emigrantes hacia sus regiones agrarias de origen o la de pérdida de vitalidad, cuando no de clara inversión del proceso, en espacios metropolitanos.

En la década de los sesenta se registró en España la movilidad de población más elevada de su historia: casi cuatro millones y medio de migrantes cambiaron de municipio de residencia, dentro o fuera de la misma provincia. En conjunto, para el período 1960-1970, quince de cada mil habitantes cambiaron de municipio de residencia cada año. De ellos, algo más de cinco lo hacían dentro de la misma provincia, mientras que más de ocho cambiaban también de provincia.

La década siguiente se saldó con el cambio de residencia de, al menos, cuatro millones doscientos mil migrantes. La información, desglosada por quinquenios, es en este caso particularmente interesante por el claro contraste que

aparece entre el período 1970-1975, que participó de idénticas características de la década anterior, y el período 1975-1980, en el que ya es patente la desaceleración de las migraciones de larga distancia en favor de las migraciones intrarregionales o intraprovinciales (MOPU, 1988, 57). Los cambios a partir de 1975 son importantes porque indican ya con cierta claridad tanto características que se prolongarán durante todo el período de recesión económica, hasta 1985, como igualmente tendencias de más largo plazo que revelan un comportamiento de los movimientos migratorios en España cada vez más próximo a la evolución seguida en otros países europeos.

TABLA 1

Migración interna neta por regiones, 1961-1990

<i>Región</i>	<i>1961-1970</i>	<i>1971-1980</i>	<i>1981-1985</i>	<i>1986-1990</i>
Madrid	556.443	286.475	4.896	40.097
Cataluña	594.180	248.157	-55.719	-2.170
C. Valenciana	219.965	186.019	12.693	25.631
País Vasco	174.452	28.663	-28.048	-38.198
Baleares	36.311	31.125	861	24.445
Canarias	24.542	40.818	14.445	26.171
Navarra	14.222	1.898	3.489	2.444
La Rioja	-6.833	3.445	3.217	1.704
Cantabria	-1.903	3.610	-395	-1.074
Asturias	12.985	4.269	-2.927	-3.801
Aragón	-25.451	3.129	3.667	1.510
Murcia	-22.536	10.124	9.424	7.138
Galicia	-55.178	17.414	1.200	-12.261
Extremadura	-231.342	-98.194	8.613	-18.500
Castilla-León	-288.187	-111.213	-4.044	-33.256
Castilla-La Mancha	-308.536	-119.225	38	-18.066
Andalucía	-449.090	-124.706	23.889	-1.489

FUENTES: Período 1960-1980, MOPU (1988); período 1980-1990, INE, *Migraciones y Anuarios Estadísticos*.

Este impresionante movimiento de población fue absorbido, en primer lugar y fundamentalmente, por los grandes centros urbanos, en los que se concentraron los mayores contingentes. Madrid, Barcelona y, a mucha distancia, Vizcaya, Valencia y las capitales insulares constituyeron, como es sabido, los principales focos de atracción. A las capitales de provincia y a otras ciudades intermedias de las áreas más dinámicas fue a parar otra parte considerable de migrantes. Por último, igualmente significativo fue en algunos casos el saldo migratorio positivo registrado en núcleos de entre 20.000 y 50.000 habitantes.

Los municipios menores de 20.000 habitantes registraron tasas migratorias netas negativas (MOPU, 1988, 61).

Mucho más significativa resulta la información si se agrupa por regiones. Como puede comprobarse en la tabla 1 y en los mapas adjuntos, un reducido grupo de regiones registraron altas tasas de migración neta positiva. Sólo Madrid y Cataluña concentraron el 66 por 100 de la migración neta registrada en España durante las dos décadas. A este grupo se unieron el País Vasco y una tímida prolongación hacia el eje mediterráneo vía Navarra y Zaragoza, el País Valenciano y las Islas. El resto de las regiones españolas, que agrupaban a más de treinta provincias, perdieron continuamente población. Las regiones con mayor presencia de población activa agraria (en algunas de ellas más del 55 por 100 de la población activa se agrupaba en el sector primario a comienzos de los años sesenta) fueron las que registraron mayores tasas de migración neta negativa. Eran las regiones agrarias de Extremadura, Castilla-La Mancha, Castilla-León y Andalucía, afectando igualmente de forma muy profunda a otras regiones, como Galicia y Aragón, caracterizadas por su emigración secular.

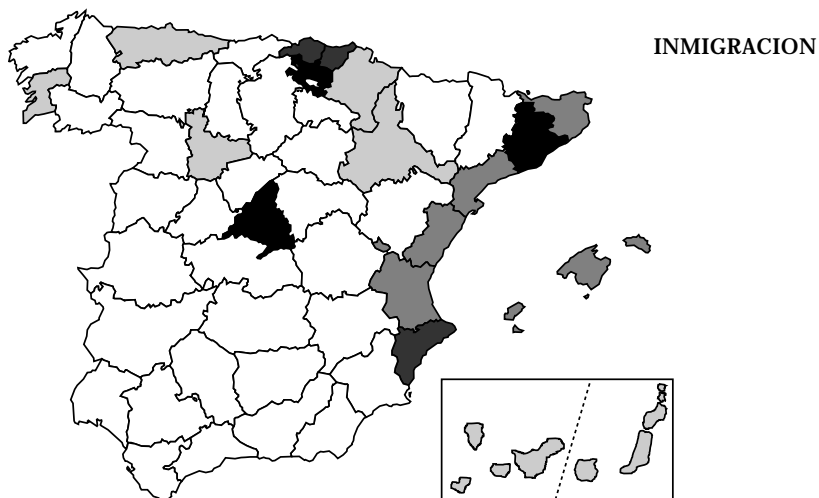
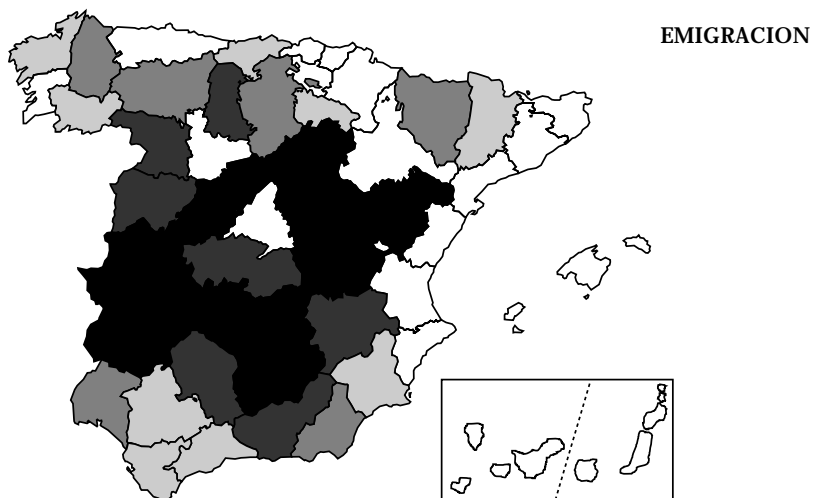
Este movimiento de población desde las regiones agrarias hacia los espacios urbano-industriales no se efectuó de forma indiscriminada, sino que se configuraron dos grandes campos de atracción en la dirección Sur-Norte. En el primero, que abarca la vertiente mediterránea y las regiones de Andalucía y Extremadura, la corriente migratoria se polarizó hacia Barcelona y su área metropolitana. En el segundo, que agrupaba las dos grandes regiones de Castilla junto con Extremadura, la corriente migratoria se canalizó hacia Madrid. Otros centros de atracción de segundo nivel, como el País Vasco o el País Valenciano, recibieron buena parte de la población de las provincias más cercanas de sus respectivas áreas de influencia.

La evolución de la economía española y el propio contexto internacional, así como la estructura productiva regional, explican claramente el desigual volumen de migrantes, la dirección de las corrientes migratorias y la variación de la tendencia registrada a partir de 1975. De hecho, el análisis de los movimientos migratorios explica razonablemente bien las tres grandes etapas de desarrollo (1960-1975), crisis (1975-1985) y recuperación (1985-1990) de la economía española.

El primer período coincide con los tres quinquenios en los que se produjo el llamado «milagro económico español». El Plan de Estabilización de 1959 marca el inicio de la gran expansión económica que supuso unas transformaciones productivas en las que se plasmó ese crecimiento económico. Transformaciones que alteraron la estructura económica y fueron las que condicionaron su desigual traducción regional (Alcaide *et al.*, 1990, 16). El proceso de industrialización, el desarrollo de la construcción y el crecimiento del sector servicios desencadenaron la crisis de unas formas tradicionales de agricultura que durante todo el siglo habían permanecido prácticamente inalteradas. Los factores desencadenantes de la crisis de la agricultura tradicional son conocidos: fue un proceso inducido desde los sectores industrial y de servicios.

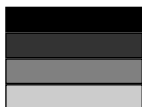
FIGURA 1

Tasa migración anual, 1961-1970 (%)



EMIGRACION

-2,5 a -1,5
-1,4 a -1,0
-0,9 a -0,5
-0,4 a 0,0

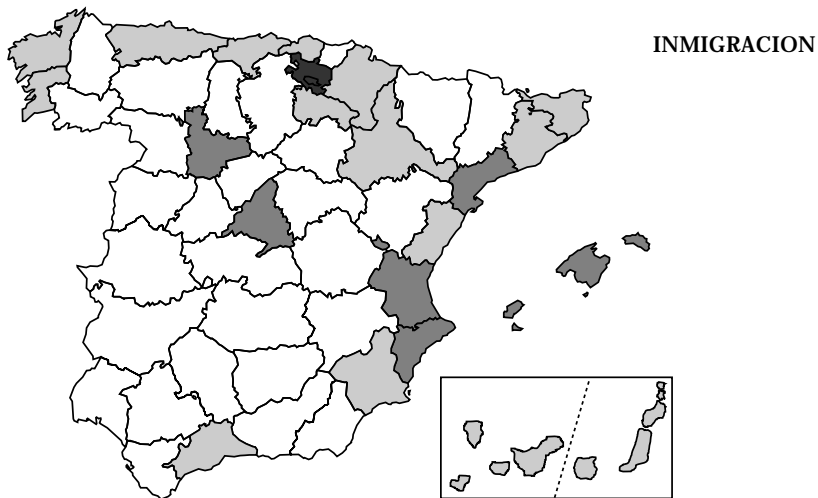
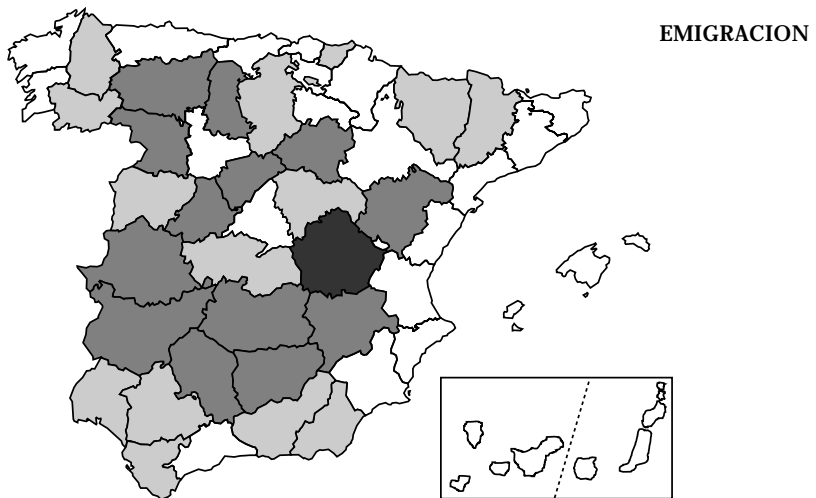


INMIGRACION

1,5 a 2,5
1,0 a 1,4
0,5 a 0,9
0,0 a 0,4

FIGURA 1 (Continuación)

Tasa migración anual, 1971-1980 (%)



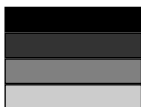
EMIGRACION

-2,5 a -1,5

-1,4 a -1,0

-0,9 a -0,5

-0,4 a 0,0



INMIGRACION

1,5 a 2,5

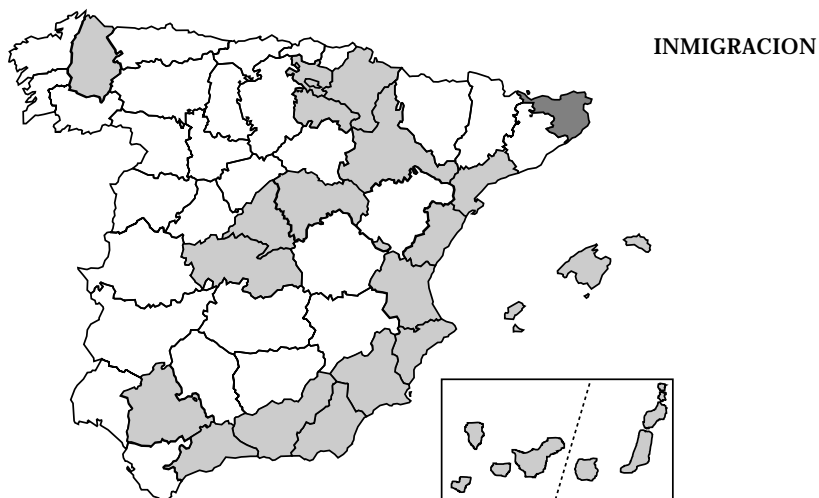
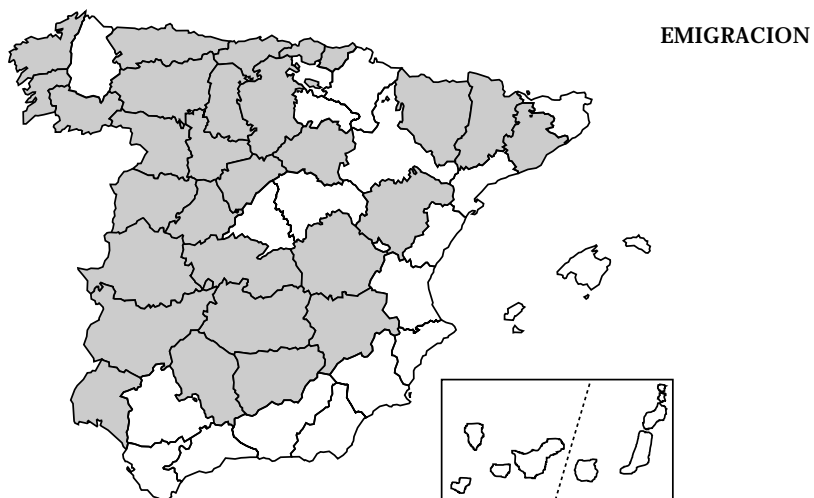
1,0 a 1,4

0,5 a 0,9

0,0 a 0,4

FIGURA 1 (Continuación)

Tasa migración anual, 1981-1990 (%)



EMIGRACION

-2,5 a -1,5
-1,4 a -1,0
-0,9 a -0,5
-0,4 a 0,0



INMIGRACION

1,5 a 2,5
1,0 a 1,4
0,5 a 0,9
0,0 a 0,4

Como consecuencia del proceso industrializador español tras el gran cambio de orientación económica a partir de 1959, se aceleró extraordinariamente el éxodo rural. Si en Europa occidental el éxodo fue intenso, en España lo fue mucho más porque todavía en 1955 el sector primario concentraba más del 45 por 100 de los activos del país. A la corriente migratoria se sumarían no sólo la gran masa de jornaleros de la España meridional, de Castilla y de Aragón, que habían sido la mano de obra sobreabundante y barata de las áreas de latifundio, sino también contingentes importantes de pequeños propietarios agrarios cuyas explotaciones eran claramente incompatibles con el proceso de modernización, especialización y ajuste estructural.

La crisis de la agricultura tradicional fue impulsada por «fuerzas incontenibles»: la renta neta por persona ocupada era un 40 por 100 menor en la agricultura que en la industria; malas condiciones de vida; escasa o inexistente dotación de servicios e infraestructuras; la atracción de la vida urbana; los cambios, en fin, de valores de la sociedad agraria (Alcaide *et al.*, 1990, 16). El proceso se inició mediada la década de los cincuenta y el punto álgido se produjo mediada la década de los sesenta, aunque se prolongó hasta el inicio de la crisis económica mediada la década de los setenta. La transferencia de mano de obra desde el sector primario superó los cuatro millones de activos entre 1960 y 1975.

El intenso proceso de industrialización y urbanización registró una localización desigual en términos de producción y empleo. Por esta razón se produjeron los espectaculares movimientos de población desde las áreas rurales hacia las regiones donde se localizaba la actividad industrial y la oferta de servicios.

El período 1975-1985 podría ser analizado como una sola etapa. De hecho, el quinquenio 1975-1980 puede considerarse a estos efectos como un período cuyas tendencias enlazan perfectamente con la evolución de los movimientos migratorios en el período 1980-1985, que se analiza a partir de aquí. La profunda crisis en la industria y en la construcción tuvieron el consiguiente impacto negativo con la manifestación dramática del espectacular aumento del desempleo, en especial en las regiones industriales. Esta circunstancia explica la notable reducción de los movimientos migratorios interregionales. El sector servicios desempeñó un papel anticíclico y demostró un buen dinamismo ganando 10,5 puntos y situándose en 1985 por encima del 50 por 100 del empleo total (Alcaide *et al.*, 1990), lo que demuestra el mejor comportamiento de otras regiones con mayor peso de los servicios turísticos. Las formas de agricultura intensiva contribuyeron también a amortiguar el impacto de la crisis en la región mediterránea.

Este desigual comportamiento de la producción y, en consecuencia, de la ocupación por sectores productivos, afectó de forma desigual al territorio y tuvo su reflejo en la ralentización de los movimientos migratorios hacia las regiones industriales, en la aparición por vez primera, caso del País Vasco, de saldos migratorios negativos en una región tradicionalmente de inmigración y, finalmente, en el mantenimiento de flujos migratorios hacia aquellas áreas o

capitales de provincia en las que el sector servicios mantuvo un buen nivel de actividad.

2. MIGRACIONES INTERNAS EN LOS OCHENTA

2.1. VISIÓN GENERAL

El estudio de las migraciones internas en España sobre datos de flujos sólo puede basarse en las estadísticas de cambios residenciales de la población registrados en los Padrones Municipales de Habitantes. Ello condiciona, sin discusión posible, el criterio que usaremos como definatorio de migración: aquellos cambios de lugar de residencia que afectan a diferentes municipios y que se plantean con una duración lo suficientemente amplia como para inducir a las personas a realizar un cambio en el registro de residencia. La escala intermunicipal de los movimientos, así como el carácter voluntario de los cambios en la inscripción, pueden sesgar los datos, al tiempo que pueden afectar de forma diferente a los distintos entornos regionales. No obstante, consideramos que, en líneas generales, la fuente utilizada registra razonablemente bien el volumen y las características básicas de las migraciones internas que se están produciendo.

El conjunto de personas que han cambiado de municipio de residencia durante los años ochenta, aunque creciente, se mantiene a unos niveles todavía inferiores a los que son comunes hoy en muchos países desarrollados. Dentro de la década se diferencia claramente un primer período, que llega hasta 1986, caracterizado por una movilidad especialmente baja: menos del 1 por 100 de la población total cambia de municipio de residencia cada año, alcanzándose el mínimo en 1981 (0,45 por 100); un segundo período se abre a partir de 1986: los niveles de movilidad aumentan de forma constante año tras año, alcanzando en 1990 al 1,76 por 100 de la población española. Esta periodización se ajusta con bastante precisión a las diferentes coyunturas que ha atravesado la economía española durante la década: de crisis y ajuste estructural hasta 1986, y de fuerte crecimiento en la segunda parte de los años ochenta, situaciones que, sin duda, han favorecido, primero, el retraimiento de los potenciales migrantes y, más tarde, el incremento de los cambios residenciales.

Al tiempo que tenía lugar esta evolución en los niveles de movilidad general de la población se han ido produciendo también importantes cambios en la estructura socioeconómica de la población migrante, que aluden, sin duda, a cambios en los motivos de la migración y a las cambiantes circunstancias personales, dentro del ciclo de vida de las familias. Desde este punto de vista, la edad a que se produce la migración puede ser una variable muy útil y sintética. Así, y ciñéndonos al período de fuerte incremento de la movilidad vivido recientemente, se observa cómo existen algunos segmentos de edad en los que la intensidad relativa de la movilidad se ha incrementado más rápidamente que

en el conjunto: se trata, sobre todo, del grupo de edades de 25 a 34 años, seguido de los mayores de 65 y de los adultos entre 35 y 54 años. Por el contrario, la movilidad relativa de las personas de menos de 25, así como de las de 55 a 64 años, ha crecido por debajo de la media.

Es decir, la movilidad se ha incrementado especialmente en las edades correspondientes a la población activa, sobre todo en aquellos años en que comienza el período laboral y cuando la creación de familias es más frecuente (25-34 años); asimismo, las edades que siguen a la jubilación han conocido también un incremento notable de cambios de residencia. Como apuntábamos, ello se puede explicar en función del ciclo de vida de las familias y las personas. La búsqueda de viviendas asequibles en el momento de formar una familia, el traslado de municipio de residencia en el caso de familias ya consolidadas, la búsqueda de un empleo en el comienzo de la vida laboral, o el traslado a una zona donde puedan alcanzarse unas mejores condiciones de vida tras la jubilación, parecen los motivos más claros que están detrás de los cambios que se están introduciendo en el comportamiento por edades de la migración.

Al mismo tiempo, y durante el conjunto de la década, también está cambiando la estructura social de la población migrante. Así, a grandes rasgos, han ido ganando participación en el conjunto de la población migrante ciertos grupos sociales en detrimento de otros. Dentro de los grupos que ganan peso, destacan especialmente los profesionales y técnicos y el personal de oficina y de servicios (hostelería, restauración, servicios personales), en detrimento sobre todo de los trabajadores, cualificados o no, de los sectores industriales, la construcción o los transportes. Paralelamente, ha ido incrementándose la proporción de migrantes con estudios universitarios o medios, en detrimento de aquellos que tan sólo cuentan con estudios primarios o no completos.

Estos cambios están reflejando, en parte, la transformación paralela que está experimentando la propia estructura social española. Pero éste no es el único motivo. Los incrementos de participación de los grupos señalados están indicando también una creciente propensión a migrar por parte de éstos. Así, por ejemplo, el 23 por 100 de todos los migrantes activos eran, en 1986, Profesionales y Técnicos, cuando la participación de este estrato ocupacional en la población activa total era del 8,6 por 100; un fenómeno similar ocurre con los trabajadores de los servicios (hostelería, restauración, servicios personales) y de oficina, que suponiendo algo más del 23 por 100 de la población activa total aportaban el 34 por 100 de todos los migrantes activos. La reflexión contraria se podría hacer respecto a los trabajadores agrícolas, industriales, de la construcción y del transporte, que sumando el 50 por 100 de la población activa sólo aportaban el 36 por 100 de los migrantes.

Las personas con mayor tendencia a migrar en España son, por tanto, cada vez más, aquellas que cuentan con una mejor cualificación y que están integradas en los sectores económicos más dinámicos. Es decir, se trata, *grosso modo*, de los grupos de población más receptivos a los mensajes, positivos o negativos, que lanza el mercado de trabajo, lo que, además, permite explicar el resurgir de las migraciones internas en España posteriormente a 1986.

2.2. EL COMPONENTE ESPACIAL

A los cambios reseñados en cuanto al nivel de movilidad general, y a algunos componentes de la estructura de la población migrante, se añaden, además, profundos cambios en cuanto a la dirección y ámbitos de salida y destino de los flujos migratorios que se están produciendo.

Así, durante toda la década de los ochenta, y en claro contraste con comportamientos anteriores —años setenta y, especialmente, sesenta—, se ha consolidado un importante cambio: las migraciones se producen sobre todo a corta distancia. Durante el conjunto de los años ochenta, y sin que puedan observarse diferencias significativas interanuales, el 53 por 100 de todos los cambios de residencia se realizan sin salir de la provincia de origen, y en torno al 62 por 100 dentro de la propia comunidad autónoma. Las migraciones estarían teniendo, por tanto, más efectos sobre la redistribución interna de la población regional que sobre la distribución interregional a escala de toda España.

Simultáneamente a este fenómeno se ha asistido durante la década a cambios importantes en cuanto a las características de los municipios que están recibiendo o expulsando población, sobre todo en relación con su tamaño (tabla 2). A comienzo de la década —bienio 1980-81—, las ciudades entre 20.000 y 100.000 habitantes son las que resultan más atractivas para la población migrante, al tiempo que los municipios más pequeños (<10.000), a menudo rurales, continúan perdiendo población, y las grandes ciudades (>500.000) comienzan a experimentar pérdidas netas. Es un momento en que pueden observarse los primeros síntomas de un cambio en el modelo migratorio, que comienza a ajustarse así al modelo de contraurbanización propuesto por Fielding. A final de la década —bienio 1989-90—, estas tendencias no han hecho sino agudizarse. Las ciudades de mayor tamaño pierden población todavía con mayor intensidad, al tiempo que este comportamiento comienza a percibirse también en el segundo escalón de ciudades, entre 100.000 y 500.000; paralelamente, los municipios más atractivos para la población migrante también se desplazan en la jerarquía urbana, y son ya los constituidos por ciudades pequeñas, entre 10.000 y 20.000 habitantes; finalmente, los municipios rurales, de menos de 10.000, pasan a una situación de equilibrio con una ligerísima ganancia neta, si bien parece que, mientras que los más pequeños, por debajo de 2.000, siguen perdiendo población, aquellos que están por encima de esta cifra conocen ganancias importantes.

TABLA 2

<i>Tamaño del municipio</i>	<i>Saldo migratorio 1980-81 (%)</i>	<i>% anual 1989-90</i>
< 10.000	-0,17	0,04
10.000 - 19.999	0,10	0,36
20.000 - 99.999	0,27	0,26
100.000 - 499.999	0,13	-0,10
>500.000	-0,26	-0,45

FUENTE: INE, *Padrón de Habitantes, Anuarios Estadísticos y Migraciones*.

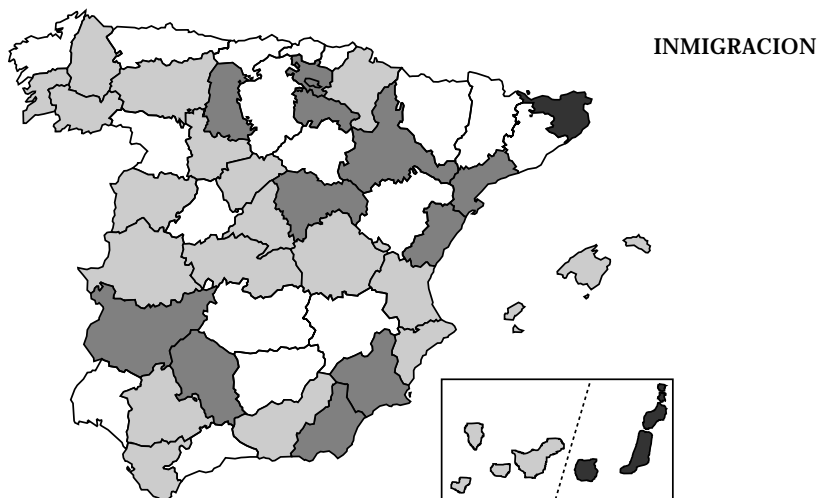
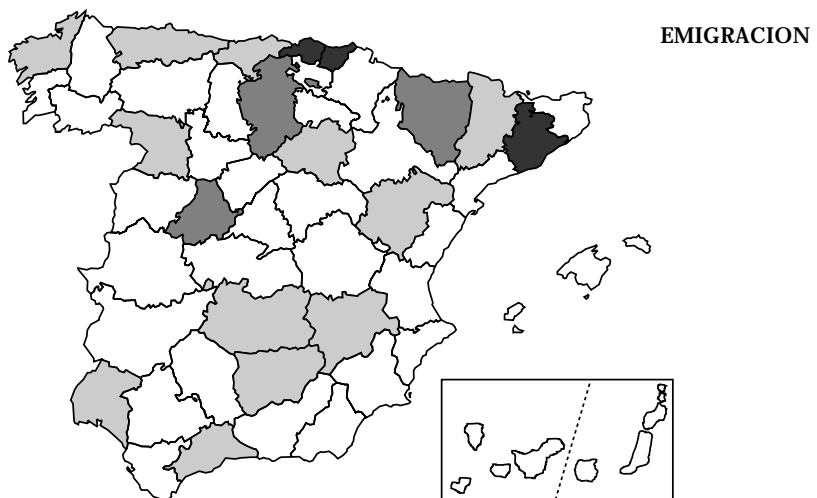
Aunque existen diferencias regionales importantes que comentaremos más adelante, estos resultados parecen indicar que nos encontramos ante varios procesos simultáneos de redistribución territorial de la población a diferentes escalas:

- A) por un lado, un proceso de periurbanización de la población a corta distancia, que se estaría produciendo con una especial intensidad en el entorno de las grandes áreas metropolitanas;
- B) por otro, un segundo proceso, más restringido en volumen de retornos de antiguos migrantes, frecuentemente a media o larga distancia, que estaría favoreciendo sobre todo a ciudades pequeñas o medianas;
- C) finalmente, un tercer proceso, generalmente a media distancia a escala regional o interregional, que estaría dirigiendo a parte de la población hacia las áreas más dinámicas económicamente.

Es preciso, además, distinguir entre el primer y el segundo quinquenio de los años ochenta. En ambos períodos tienen lugar los tres procesos a que se ha hecho referencia, si bien con diferente peso relativo: entre 1981 y 1985 comienza el proceso de periurbanización de la población, al tiempo que los retornos de antiguos emigrantes a sus regiones de origen adquiere gran importancia, mientras que entre 1986 y 1990 la intensificación de los procesos de periurbanización se ve acompañada por cierta revitalización de las migraciones interregionales incentivadas por el diferente dinamismo económico de unas y otras áreas.

FIGURA 2

Tasa migración anual, 1981-1985 (%)



EMIGRACION

-1,00 a -0,40

-0,39 a -0,30

-0,29 a -0,15

-0,14 a 0,00



INMIGRACION

0,40 a 1,00

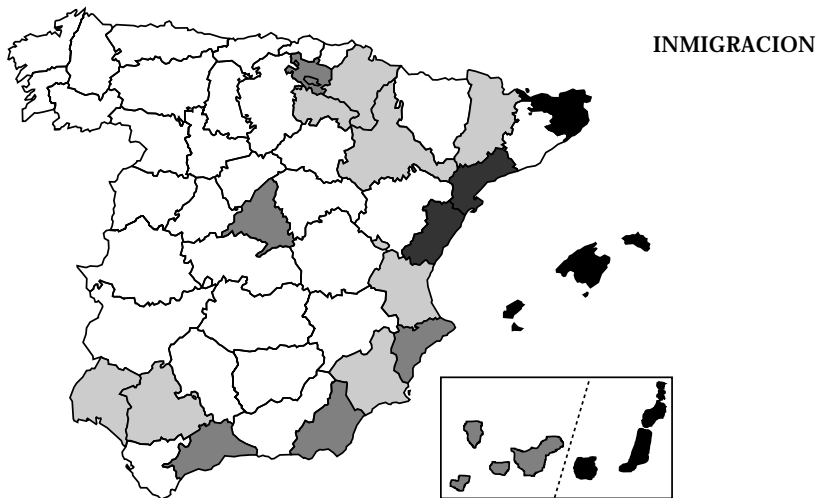
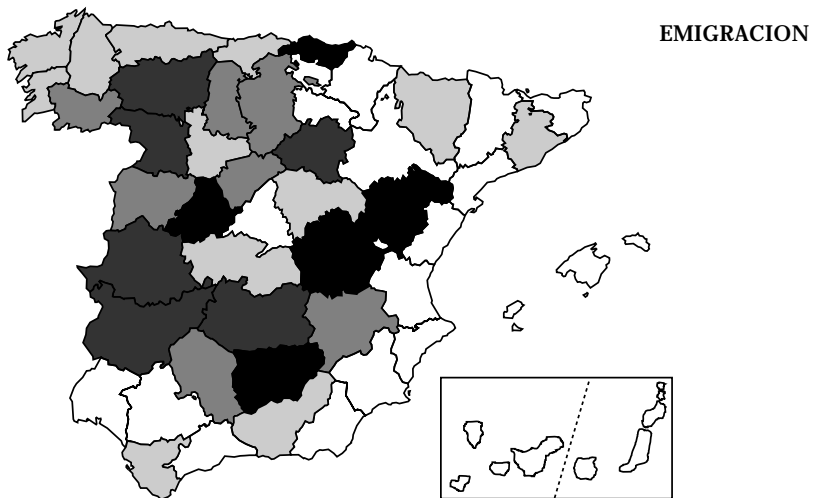
0,30 a 0,39

0,15 a 0,29

0,00 a 0,14

FIGURA 2 (Continuación)

Tasa migración anual, 1986-1990 (%)



EMIGRACION

-1,00 a -0,40
 -0,39 a -0,30
 -0,29 a -0,15
 -0,14 a 0,00



INMIGRACION

0,40 a 1,00
 0,30 a 0,39
 0,15 a 0,29
 0,00 a 0,14

1981-1985

Durante el primer quinquenio de los ochenta, y en un momento de marasmo económico y bajo nivel de movilidad, los retornos de antiguos emigrantes hacia sus regiones de origen supusieron una parte importante del total de flujos. Este fenómeno fue especialmente visible en Barcelona, con destino hacia Andalucía y Extremadura, y en el País Vasco, sobre todo hacia Castilla-León. Otras áreas de fuerte inmigración neta en décadas anteriores pasan a una situación de equilibrio en sus intercambios con el exterior. Este es el caso de Valencia, que expulsa población preferentemente hacia Castilla-La Mancha y Andalucía, o de Madrid, que lo hace hacia Castilla-La Mancha, Andalucía y Castilla-León; en ambos casos, sin embargo, se mantiene un flujo de llegadas lo suficientemente intenso como para que no se produzca una pérdida neta de población. En todo caso, el fenómeno de inversión de los flujos migratorios en regiones desarrolladas afecta especialmente a Cataluña (Barcelona) y al País Vasco (Vizcaya y Guipúzcoa), con una pérdida neta de 56.000 y 28.000 personas respectivamente. Otras regiones desarrolladas y altamente industrializadas, como Cantabria y Asturias, situadas en la cornisa cantábrica, también registran pequeñas pérdidas de población, si bien en este caso no supone una novedad, puesto que el lento declive y estancamiento económico del área y la consiguiente salida de población es visible claramente desde los años sesenta.

Las escasas expectativas de encontrar empleo en las regiones de inmigración más desarrolladas, unido a la mejora de las condiciones de vida en las áreas más atrasadas y tradicionalmente expulsoras, han reducido el número de salidas desde las regiones de menor renta; este elemento, unido al retorno de una pequeña parte de la población que salió en décadas anteriores, contribuyó durante aquellos años a romper las tendencias seculares de pérdida de población en estas regiones, equilibrándose la balanza migratoria en unos casos y llegando a alcanzar importantes ganancias netas en otros. Andalucía y Extremadura fueron, sin duda, las regiones más beneficiadas por este proceso, con un saldo migratorio neto de cerca de 33.000 personas entre 1981 y 1985. En otros casos (Galicia, Castilla-La Mancha y Castilla-León) se alcanza una situación de compensación casi perfecta entre llegadas y salidas.

El primer quinquenio de los ochenta es también el momento en que comienzan a apuntarse otros cambios notables en el mapa español de migraciones. Así, si bien los grandes centros que, durante los años sesenta y primeros setenta, fueron los principales destinos de las migraciones interregionales (Barcelona, País Vasco, Madrid o Valencia) han perdido capacidad de atracción e incluso expulsan población, comienzan a consolidarse y ampliarse otras áreas de inmigración.

Hasta mediados de los años setenta, y junto a los grandes centros antes mencionados, también era receptor de población todo el litoral mediterráneo de Cataluña y la Comunidad Valenciana, al que se unía con la misma dinámica las Islas Baleares. Fuera de este área relativamente homogénea y continua,

sólo puntos aislados del interior, como Navarra y Zaragoza en el valle del Ebro o Valladolid en Castilla-León, desarrollan procesos de industrialización capaces de atraer población migrante, frecuentemente desde el entorno regional más próximo.

Ya durante el primer quinquenio de los ochenta se apuntan algunos cambios respecto a esta situación. En primer lugar, asistimos a la consolidación del eje del Ebro como una zona excepcionalmente dinámica que recibe población. A las provincias tradicionalmente receptoras de Zaragoza y Navarra se unen ahora claramente La Rioja y también Alava, que constituye la única área con una dinámica migratoria positiva dentro del País Vasco.

Pero quizás la mayor novedad que emerge claramente con los años ochenta es la ampliación del eje del Mediterráneo. Murcia se ha incorporado claramente al área que recibe migraciones, así como gran parte del litoral mediterráneo andaluz, de forma especialmente clara en Almería e incipientemente en Granada y Málaga. Asimismo, y con una gran intensidad, las Islas Canarias aparecen como uno de los principales destinos migratorios.

1986-1990

Este es un período caracterizado por la recuperación de un fuerte crecimiento económico, especialmente intenso en Madrid y en los dos ejes que conforman la Y griega del desarrollo español: el eje del Ebro y el eje litoral mediterráneo. Este cambio de la coyuntura económica ha tenido un gran impacto sobre la dinámica migratoria, provocando importantes variaciones en el modelo de comportamiento anterior.

El fenómeno de los retornos ha continuado, implicando a volúmenes de población similares por lo general a los del quinquenio anterior: algo inferior en el caso de Barcelona y ligeramente creciente en Madrid, Valencia y el País Vasco. No obstante, la reactivación económica ha incrementado de forma notable la cifra de inmigrantes que llegan a las más dinámicas áreas metropolitanas del país, lo que ha permitido incrementar los saldos migratorios positivos de Valencia y Madrid, o reducir las pérdidas netas de Barcelona. Por el contrario, en el caso del País Vasco, el escaso crecimiento económico no ha inducido la recuperación del número de inmigrantes, al tiempo que la expulsión de población se ha intensificado, llegándose en este quinquenio a una pérdida neta de más de 38.000 personas.

Estas diferencias en el comportamiento entre las principales áreas metropolitanas resultan de una combinación de tres factores: 1) la capacidad de crecimiento y de generación de empleo, muy inferior en el caso del País Vasco que en el resto; 2) el grado de madurez metropolitana que permita alcanzar las condiciones socioeconómicas propias de la contraurbanización, claramente superior en los casos de Madrid y Barcelona; y 3) la procedencia de la migración que se ha recibido tradicionalmente, y las condiciones de vida y la diná-

mica económica de estas zonas en la actualidad; según esto, Barcelona, donde una buena parte de la inmigración procedía de Andalucía y Murcia, es una candidata clara a mantener un alto nivel de retornos.

Por otro lado, la situación de equilibrio o incluso de ganancias netas por parte de las regiones tradicionalmente emigratorias, que surge durante la época de estancamiento económico anterior, se diluye completamente en este momento. Galicia, Castilla-León, Castilla-La Mancha y Extremadura vuelven a padecer pérdidas migratorias muy importantes, del orden de 82.000 personas en estos cinco años, mientras que Andalucía en su conjunto ha pasado a una situación de equilibrio. Queda así claro que, a la hora de explicar el volumen de las salidas, los factores más claramente explicativos son los de atracción desde las áreas más desarrolladas y no los de expulsión desde las regiones de emigración.

Finalmente, un último rasgo de la evolución reciente es la extensión del área de inmigración a lo largo del eje litoral en Andalucía, coincidiendo de una forma cada vez más precisa con las zonas de mayor crecimiento económico, incluyendo ya claramente Málaga, y extendiéndose hacia Sevilla y Huelva.

3. MOVIMIENTOS A CORTA DISTANCIA

Señalábamos antes como rasgo diferencial respecto a décadas anteriores el hecho de que durante los ochenta, particularmente en la segunda mitad, los movimientos migratorios de corta distancia (los que han ocurrido dentro de la misma provincia o dentro de la misma región) hayan sido los más importantes. Desgraciadamente, las fuentes disponibles no permiten analizar lo ocurrido durante toda la década. Únicamente puede utilizarse alguna información referida a movimientos intraprovinciales para el período 1988-1990, y ha sido a partir de ahí como se han obtenido saldos migratorios de cada una de las capitales de provincia y otras ciudades con más de 100.000 habitantes respecto del resto de cada provincia. Se trata de un corto período, pero coincide con los años de mayor crecimiento económico general, particularmente intenso en muchas de las economías regionales. Se pretende conocer, por tanto, siquiera por vía de muestra, la evolución de los movimientos migratorios intraprovinciales en esta etapa de plena recuperación económica. Algunas de las conclusiones, a nuestro juicio, más importantes son las que aquí se avanzan.

Los espacios rurales de la España interior y del Norte continuaron perdiendo población. Las capitales de provincia de las regiones de Castilla-León, Castilla-La Mancha, Extremadura, Galicia, Aragón y parte de Andalucía registran saldos migratorios positivos respecto al resto de su respectiva provincia. Este es un dato muy importante que indica que el movimiento de población, fundamentalmente de los grupos más jóvenes, continúa produciéndose desde los núcleos rurales hacia el núcleo urbano más importante de cada provincia. Se trata de espacios rurales, con pocas o ninguna otra posibilidad alternativa,

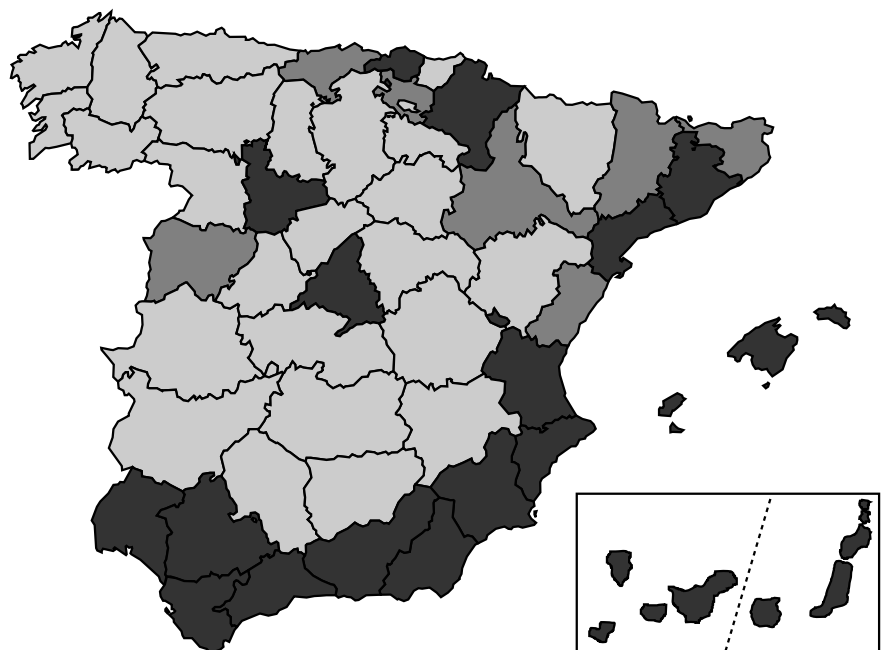
en los que prosigue el descenso continuado de activos agrarios. Conviene recordar a este respecto que en 1980 existían en España en torno a 2,3 millones de activos agrarios (17,6 por 100 de la población activa total) y que en 1991 apenas se superaban los 1,4 millones (un 10 por 100 del total de activos). Si se exceptúa, lógicamente, Madrid, de toda la España interior y del Norte, únicamente Valladolid y, en menor grado, Salamanca ofrecen la tendencia contraria a este éxodo rural. Una pérdida de vitalidad demográfica que amenaza muy seriamente el futuro de la actividad agraria y que constituye un estrangulamiento muy difícil de superar en el nuevo contexto de políticas rurales que propone la PAC.




Las capitales de provincia localizadas en los dos ejes económicos del valle del Ebro y del Mediterráneo, prolongados en este caso hasta la Andalucía occidental, presentan saldo migratorio negativo respecto del territorio provincial. El dinamismo económico en sus tres sectores productivos (servicios, agricultura intensiva e industria) y la buena articulación territorial de estos ejes (buena red urbana y desarrollo de vías de comunicación) explican procesos de periurbanización o, simplemente, una tendencia de mayor salida de población desde las capitales hacia otras ciudades intermedias e incluso núcleos de menor entidad. El intenso crecimiento económico de las Islas Baleares y Canarias, dinamizado por el sector de servicios turísticos, ha propiciado en ambos casos tendencias similares a las anteriormente descritas (vid. VV.AA., 1990; VV.AA., 1992). Tanto este proceso como el de ganancia neta de las capitales en las regiones con mayor base agraria quedan bien reflejados en el mapa adjunto.

Junto a estas dos grandes tendencias generales de signo contrario es igualmente significativo el movimiento de población que se desplaza de unos núcleos a otros dentro de la misma provincia al margen de la propia capital. El dinamismo de determinados sectores productivos, diferentes según cada caso, y el distinto grado de desarrollo de la red urbana explican este trasiego de población, que en porcentajes absolutos y para el período analizado de 1988-1990 es el que agrupaba mayor volumen de población (vid. mapa).

FIGURA 3

Movimiento a corta distancia. 1988-1990
Migraciones intraprovinciales



-  Flujo de migración neta desde las áreas urbanas más importantes hacia el resto de la provincia
-  Situación de equilibrio migratorio entre las áreas urbanas más importantes y el resto de la provincia
-  Flujo de migración neta desde el resto de la provincia hacia las áreas urbanas más importantes

3.1. FACTORES SUBYACENTES EN LA PERIURBANIZACIÓN

En los movimientos de población de carácter intrarregional o intraprovincial concurren, al menos, tres procesos distintos y, en ocasiones, diferentes según qué áreas:

a) Periurbanización. Claramente perceptible en las áreas metropolitanas y en otras grandes capitales. En muchos casos es un fenómeno que ha ido ligado a la mejora de infraestructuras y, en consecuencia, a la consecución de isocronas inferiores a una hora desde el lugar de residencia al de trabajo. Afecta a grupos de población con niveles de renta medio o alto que, básicamente, buscan mejor calidad de vida en núcleos rurales o en nuevos espacios urbanizados en primeras y segundas coronas periurbanas. Junto a la mejora de la accesibilidad, en la práctica totalidad de estos núcleos rurales se llevó a cabo durante la pasada década una muy importante dotación de servicios públicos que anteriormente no existían o eran muy deficientes. Buena parte de las inversiones públicas se han concretado en la mejora de la red de escuelas públicas de enseñanza primaria y secundaria, infraestructuras deportivas, centros sanitarios de asistencia primaria y de hospitales de ámbito comarcal para dar servicio a varios municipios rurales.

b) Salidas de las grandes ciudades provocadas por la falta de una oferta de viviendas baratas. Aunque con las fuentes estadísticas españolas es imposible saber, ni siquiera de forma general, cuánta población se ha desplazado durante la pasada década por esta causa, con la información disponible puede, no obstante, afirmarse que el proceso de salida de población, especialmente de parejas jóvenes pertenecientes a grupos de renta media y baja, ha sido apreciable. Se trata, como es sabido, de la llamada *migración nupcial*.

Uno de los estrangulamientos más importantes observados durante la pasada década en España ha sido precisamente el provocado por la existencia de marcados desajustes entre la oferta y la demanda de vivienda. El mercado de viviendas de alquiler en España es muy reducido y poco flexible y los precios de la vivienda en propiedad en las grandes ciudades están claramente muy lejos de las posibilidades económicas de amplios grupos de población. El desajuste entre la oferta de vivienda ha llegado a alcanzar tales proporciones hacia finales de la pasada década que el propio gobierno central, en coordinación con los diferentes gobiernos regionales y con entidades financieras públicas y privadas, se ha visto obligado a poner en marcha un Plan de Vivienda fundamentalmente dirigido a hacer posible el acceso a una vivienda a jóvenes parejas y a grupos de población con bajos ingresos. Se trata de un ambicioso Plan de Vivienda (pretenden apoyar la construcción de 460.000 viviendas en el período 1992-1995) que viene a demostrar la gravedad de un problema en buena medida provocado por la falta de previsión y, muy especialmente, por la prolongada ausencia de planes regionales de vivienda pública y de programas locales de oferta pública de suelo destinado a la construcción de viviendas.

c) La tercera causa es más conocida y está relacionada tanto con la revitalización económica durante la segunda mitad de los ochenta de regiones urbanas no metropolitanas como con la consolidación de nuevas áreas de expansión económica en ciudades intermedias e incluso en núcleos rurales. En ambos casos, junto al papel fundamental de la iniciativa privada, ha sido apreciable el papel de las administraciones públicas en un doble plano: por una parte, mediante la inversión en infraestructuras y, por otra, mediante la creación de Agencias de Desarrollo y mediante el apoyo a iniciativas de Promoción y Desarrollo Local. Sería difícil explicar determinados movimientos de población durante la pasada década sin tener en cuenta las iniciativas de determinados gobiernos regionales favoreciendo nuevas inversiones, procesos de reestructuración y descentralización productiva y apoyando la recuperación de ciertas economías e iniciativas locales.

4. CONCLUSIONES

Al realizar un balance sobre los movimientos migratorios en España durante el período 1960-1975, A. Cabré y otros autores, refiriéndose a las tendencias aparecidas en la etapa 1977-1980, hablaban acertadamente de ruptura de tendencia y de «reconversión territorial» (Cabré *et al.*, 1985, 61). En efecto, tras quince años de crecimiento económico con pleno empleo en los que se produjeron las profundas transformaciones económicas que motivaron masivos trasvases interregionales de población, se abría un período muy distinto que vino marcado por la recesión y el inicio del declive económico de regiones de antigua industrialización. La consecuencia más dramática de la crisis, el desempleo, motivó la ralentización, cuando no la inversión, en la dirección de flujos migratorios seculares de larga distancia, al tiempo que la aparición o intensificación de nuevas corrientes hasta ese momento desconocidas o poco significativas.

Durante la pasada década de los ochenta pudo constatarse la ruptura del modelo migratorio en movimientos de larga distancia. Por vez primera en su historia, las regiones del Sur registran ganancias netas, especialmente durante el quinquenio 1980-1985, como consecuencia de los retornos de antiguos migrantes. Sin embargo, las modestas ganancias de larga distancia han vuelto a verse reducidas, e incluso en algunas regiones anuladas, durante la segunda mitad de la década. Además, el análisis de los movimientos intrarregionales deja pocas dudas acerca de la pérdida progresiva de vitalidad demográfica en estas áreas rurales menos dinámicas de la España meridional y del Centro. Las implicaciones de todo tipo son bien conocidas y no parece que en un futuro inmediato pueda verse alterada esta tendencia, que compromete muy seriamente el futuro no sólo de las áreas rurales más remotas, sino de áreas rurales intermedias.

Un segundo rasgo distintivo ha sido la pérdida neta de población en el

entorno de las grandes áreas metropolitanas y de las grandes ciudades situadas en las áreas económicas más dinámicas, en favor de ciudades intermedias e incluso núcleos rurales. La mayor parte de los movimientos de población registrados en España se han producido a corta distancia o a nivel intrarregional. También estos procesos suponen una ruptura respecto a décadas anteriores. Las causas de este proceso de periurbanización o de movimientos de media distancia (mejora de infraestructuras y servicios en áreas rurales, descentralización productiva, vivienda...) son similares a las esgrimidas por otros autores refiriéndose a países como Francia o Italia (Champion, 1989, 178-186, 199-206), e indican claramente que España, si bien a escala distinta, se aproxima progresivamente al modelo de contraurbanización existente en otros países.

Probablemente sea demasiado pronto para poder valorar las implicaciones derivadas de estos procesos en el ámbito de la planificación urbana y económica regional, pero es evidente que se han producido. La incógnita se plantea ahora mirando hacia el futuro. Es indudable que la profunda recesión económica que afecta a la economía española desde comienzos de los noventa tendrá repercusiones en los movimientos de población, pero habremos de esperar unos años para hacer un balance.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- CABRÉ, A.; MORENO, J., y PUJADAS, I. (1985): «Cambio migratorio y reconversión territorial en España», REVISTA ESPAÑOLA DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS, núm. 32, pp. 43-65.
- CHAMPION, A. G. (ed.) (1989): *Counterurbanization. The changing Pace and Nature of Population Deconcentration*, E. Arnold, London.
- FIELDING, A. J. (1982): «Counterurbanization in Western Europe», *Progress in Planning*, vol. 17, Part 1, 51 pp.
- INE (1981-1991): *Anuario Estadístico*, Instituto Nacional de Estadística, Madrid.
- (1986-1990): *Migraciones*, Instituto Nacional de Estadística, Madrid.
- MOPU (1988): *Cambios de la población en el territorio*, Madrid, 151 pp.
- VV.AA. (1990): «La España desigual de las Autonomías», *Papeles de Economía Española*, núm. 45, Madrid, 403 pp.
- (1992): «Balance económico de las Autonomías», *Papeles de Economía Española*, núm. 51, Madrid, 445 pp.

RESUMEN

Las migraciones internas en España experimentan en la década de los ochenta importantes cambios que afectan tanto al volumen de los flujos, que se reduce claramente, como a su estructura interna (edad, profesiones, etc.) y a la matriz de origen-destino de los migrantes. Junto a la creciente importancia de los movimientos a corta distancia se distinguen tres procesos simultáneos: periurbanización, retornos de antiguos migrantes, y consolidación de nuevas áreas de atracción; el peso de cada uno de éstos varía a lo largo de la década en función de la coyuntura económica.

ABSTRACT

Internal migration in Spain suffered important changes during the eighties affecting the flows volume, that was sharply reduced, as well as its internal structure (age, profession, etc.) and the origin-destination matrix of migrants. Together with the increasing importance of short distance movements three simultaneous processes can be distinguished: periurbanisation, return of former migrants, and consolidation of new attracting areas; the weight of each one of these processes varies largely along the decade following the economic conjuncture.